

JOSE MANCISIDOR

Nació en Veracruz, Ver., el 20 de abril de 1895 y falleció en Monterrey, Nuevo León, el 2 de septiembre de 1956.

Periodista revolucionario, ensayista e historiador que nos legó viva e importante obra entre la que sobresalen los libros que siguen:

Marx (1935); *Lenin* (s.a); *Ciento veinte días* (1937); *De una madre española* (s.a.); *Zola, soñador y hombre* (1940); *Henri Barbusse, ingeniero de almas* (1945); *Angulos de México* (1946); *Balzac, el sentido humano de su obra* (1952); *Frontera junto al mar* (1953); *La primera piedra, cuentos*, (1950); *Stalin, el hombre de acero* (1950); *Me lo dijo María Krimlova* (1955); *Se llamaba Catalina* (1958); *El alba en las simas*, novela (1955); *En la rosa de los vientos* (1956); *Hidalgo* (1957); *Historia de la Revolución Mexicana* (1958), así como nutridos artículos. Prologó: *Barricada*, de José Muñoz Cota (1934); *Páginas polacas* (1955); *Diez días que conmovieron al mundo*, de John Reed (1961); *Hacia una literatura proletaria*, de Lorenzo Turrent Rozas (1932).

Fuente: José Mancisidor. *Historia de la Revolución Mexicana*. 1a. ed. México, D. F. Ediciones El Gusano de Luz, 1958. 294-/24, p. Il., p. 64-73.

REBELIONES INDIGENAS DURANTE EL PORFIRIATO

Rebeliones campesinas.—Los yaquis.

No menos trágica es la historia de los campesinos mexicanos. El levantamiento de los yaquis, cuya duración abarcó todo el período porfiriano, se remonta hasta el año de 1885, cuando el intento de asesinato contra Cajeme por su antiguo lugarteniente, Loreto Medina, condujo a la rebelión a las tribus del Yaqui.

La vida de Cajeme estuvo llena de sucesos admirables. Su nombre verdadero era el de José María Leyva. Nacido en Hermosillo, Sonora, vivió durante los años de su niñez en Báhcum. Más tarde acompañó a su padre, a la Alta California, en pos de los placeres de oro. Pero a su regreso al valle del Yaqui, venían tan pobres como se fueron. Cajeme contaba dieciséis años y apenas había aprendido a leer y algunos principios de aritmética, en una escuela de Guaymas. Participó,

en 1854, en un combate contra el filibustero francés Gastón de Raousset Boulbón. En 1857 fue tomado de leva y pasó a formar parte del Fijo de San Blas. Desertó al poco tiempo dirigiéndose a la sierra de Acaponeta, en donde entró en relaciones con el general Ramón Corona. Corona organizó algunas fuerzas militares, para defender la constitución del 57, amagada por los reaccionarios clericales alentados por el golpe de Estado de Comonfort. A sus órdenes militó Cajeme. Más tarde figuró en un batallón integrado por yaquis, ópatas y pimas. Se licenció luego para reincorporarse después, nuevamente a las filas liberales, con las que se le halló en Querétaro, a la caída del imperio. Al fin, militó entre las fuerzas de Sonora, y lucía ya, en esta época, las insignias de capitán. En 1875 los pueblos del río Yaqui lo designaron su gobernante, cargo en el que desarrolló una labor benéfica para sus gobernados. Al terminar este año toda la región dominada por Cajeme estaba en rebeldía. Y aunque el gobernador de Sonora, José J. Pesqueira, atacó a los yaquis y logró derrotarlos en algunos combates, sus victorias no fueron decisivas. En estos combates, "los indios se portaron valientemente, arrojándose sobre la artillería que hacía en ellos grandes destrozos". Pero ante la rebelión que Francisco Serna iniciara contra su gobierno, Pesqueira abandonó la zona invadida por sus tropas. Así vio Cajeme robustecido su prestigio, y dominó sin contradicciones a los pueblos yaquis. La región del yaqui permaneció, desde ese instante, substraída a la obediencia del gobierno. Cajeme nombró gobernadores, alcaldes y temastianes, estos últimos encargados de la administración del culto religioso. Sobre la base de un sistema democrático, el caudillo indio adoptaba resoluciones de trascendencia general, convocando asambleas populares que decidían en definitiva y cuyo mandato obedecía el propio gobernante. Por esa vía entraron en una existencia productiva los poblados de Báhcum, Vicam, Cócorit, Tórim, Pótam, Huíviris, Belem y Ráhun. No menos eficaz fue Cajeme en la organización económica de su régimen: estableció derechos de tránsito a los cuales obligaba a quienes pasaban por sus territorios; el pago de rescate por ganado que los mismos indios robaban en los alrededores; organizó el comercio con la sal extraída del litoral en que asentaba sus dominios, sembrando, además, para el sustento de los suyos, maíz y frijol.

Militarmente, él, que lo había aprendido en los campos de

batalla de la República, impuso la obligación, a sus colaboradores, de preparar, bien armados y pertrechados, a todos los hombres útiles de los pueblos bajo su mandato, tomando para sí el título de capitán general de los ríos Yaqui y Mayo. Contó, para el cumplimiento de estas órdenes, con el afán de lucro de los comerciantes de las ciudades, de los hacendados y negociantes en minas, quienes sostenían activo tráfico de armas con los pueblos indígenas.

Tal estado de cosas prevaleció hasta el año de 1885 en que Loreto Medina, su antiguo hombre de confianza, intentó asesinarlo fracasando en su propósito. Que no se trató simplemente de una cuestión de tipo personal lo dice el hecho de que Medina, informando a las autoridades de Guaymas acerca de lo sucedido, expresaba que iría a un sitio determinado en donde esperaría las disposiciones del gobierno. Cajeme lo entendió así y por ello imputó al gobernador de Sonora la responsabilidad de este ataque. Pidió, también, que se le entregara a Loreto Medina a fin de castigarlo. Y ante la negativa del gobernador, la guerra se encendió nuevamente con resultados favorables para sus fuerzas. Sus proposiciones de paz fueron inútiles y tiempo después, sucumbiendo ante el número, la guerra se decidió en su contra no sin grandes sacrificios de vidas y dinero de la nación. No hubo, en esta lucha, ni tregua ni cuartel. Los yaquis, derrotados, se dispersaron en guerrillas. Cajeme estaba en todas y en ninguna parte. Un día de 1887, delatada su presencia en Guaymas, fue aprehendido. Se le sometió a un condenable padecimiento moral paseándolo a través de los pueblos indios para asesinarlo, al fin, en Cócorit.

Desaparecido Cajeme, el porfiriato aplicó su política sobre terrenos baldíos en aquella fértil región, en beneficio de Ramón Corral y sus socios Torres e Izábal, quienes especularon con esas tierras en contubernio con la Richardson Construction Company, la que adquirió cuatrocientas mil hectáreas de tan codiciables terrenos al irrisorio precio de sesenta centavos hectárea. Semejantes concesiones se hicieron a The Yaqui Delta Company, con lo cual la guerra del Yaqui adquirió las características de una lucha por la tierra de parte de los indios despojados y de una lucha de exterminio por parte del gobierno porfiriano. "A los yaquis se les exterminará rápidamente, sea que deban o no ser exterminados", denunciaba Turner.

Los mayas

No menos persistente fue la rebelión de los indios mayas, quienes, desde los años de la colonia, iniciaron en Yucatán levantamientos contra sus explotadores blancos. Más tarde, a medida que el cultivo peculiar de la península yucateca (el henequén) se convertía en un cultivo industrializado por sus modernas aplicaciones, los indios sufrieron el despojo de sus tierras. Entonces sucedió, allá, lo que sucedía en otras regiones del país: "... los capitalistas se dieron al empeño de adquirir tierras para dedicarlas al cultivo del henequén, por compra, o más sencillamente por el despojo sistemático de los pueblos, y al de arrancar a los indios de sus cultivos agrícolas para aumentar la oferta de trabajadores y disminuir en lo posible los salarios..."

La formación de haciendas a expensas de las tierras y ejidos de los pueblos, con su proceso de explotación y miseria campesinas; la deportación a Cuba de indios mayas en una vergonzosa trata de esclavos; la fuga de los naturales que se remontaron a regiones inaccesibles; todo ello, unido, creó el problema de la escasez de brazos para el trabajo de la tierra.

Frente a la creciente necesidad de población, las autoridades porfirianas recurrieron a las deportaciones: "en algunos casos, para alejar de los centros tranquilos a los elementos perturbadores... en otros casos, como el de los yaquis de Sonora, para arrancarlos de su lugar, y para venderlos real y verdaderamente como esclavos a los hacendados henequeneros, a razón de sesenta y cinco pesos por cabeza, sin distinguir hombres, mujeres y niños, repartiéndose el precio las autoridades y los militares, que intervenían en las operaciones de arrancamiento, consignación, transporte y entrega..."

El problema de la despoblación se volvió, con el tiempo, más agudo. La explotación de los mayas por hacendados sin escrúpulos arrojó a la selva a gran número de indígenas llamados libres. Pero las autoridades militares emprendieron, ya casi en las postrimerías del porfiriato, tenaz campaña contra los indios libres, quienes habían establecido la capital de su territorio en Chan Santa Cruz. De todas partes llegaban deportados a quienes se obligaba, diseminándolos en las corporaciones militares de línea, a combatir contra los mayas. No obstante, el problema nunca fue solucionado, ya que los

mayas conseguían escapar siempre, pese a la enconada y persistente persecución de que eran objeto.

Los mayos

Todavía durante los años de 1891 y 1892, se sublevaron los indios de la región del Mayo que, desde los tiempos de Cajeme, habían ayudado a éste en su rebelión contra el gobierno. En 1890, se congregó un grupo de mayos en Jamlabampo, del municipio de Alamos, con propósitos fanáticos religiosos, debido a la aparición, por aquellos parajes, del Santo, un joven indio de 16 años cuyas pretensiones divinas despertaron sensación. La natural desconfianza de las autoridades militares, acostumbradas a recoger las tempestades provocadas por el viento que el propio gobierno sembraba, indujeron al coronel Rincón a intervenir en aquel asunto. "La situación de rebeldía en que permanecía hacía muchos años la tribu yaqui, su proximidad al río Mayo, la circunstancia de pertenecer las dos tribus a la misma raza cahita y que los mayos se habían alzado también en tiempo de Cajeme, hicieron temer al coronel Antonio Rincón, jefe de la línea militar del río Mayo, cuyo asiento estaba en el pueblo de Huatabampo, que pudieran ocurrir desórdenes con motivo de dicha reunión o que ésta encubriera una conspiración contra el gobierno."

Hechas algunas investigaciones por el propio jefe militar, no tardó en descubrir que aquellos hombres eran pacíficos trabajadores y sirvientes de las haciendas y rancherías situadas en las márgenes del río Mayo. Sin embargo, pretextando el abandono de sus labores sin previo permiso de sus amos, así como el de sus pueblos y rancherías sin conocimiento del gobierno, les ordenó el retorno inmediato a sus hogares. Mas como los indios se negaron a obedecerlo, los aprehendió, consignándolos a las autoridades respectivas, que no hallaron motivo para su detención. No obstante, como medida precautoria, el coronel Rincón decidió alejarlos de allí entrando en arreglos con la compañía minera de Santa Rosalía a fin de que utilizara sus servicios en los trabajos de sus minas. Hasta que en 1892, cansados del mal trato de que eran víctimas, se pusieron en rebeldía.

Por demás está decir, que como el movimiento rebelde de los indios yaquis, éste de los mayos fue reprimido con métodos sangrientos.

Los tomochitecos

Una nueva rebelión durante 1892, tuvo lugar en la Sierra Madre de Chihuahua, provocada por el caciquismo, por el despojo de tierras a los indios serranos con el propósito de favorecer a la Chihuahua Mining Company y a fin de dar satisfacción a la exigencia de las compañías mineras que reclamaban paz para el desarrollo de sus negocios. "Las compañías temieron por su seguridad y aunque se puso luego un destacamento federal en Pinos Altos, sin embargo tropezaron con dificultades para el transporte de mercancías para abastecer sus tiendas de raya y para sacar sus productos de oro y plata, originándoseles mayores gastos por el pago de fuertes escoltas y rodeos, con merma de sus ganancias."

Sofocada la rebelión por el gobierno porfiriano, con todo lujo de crueldades, inspiró, a un oficial de las tropas federales, una novela corrosiva que estuvo a punto de costarle la vida. En ella se deforman las causas de la sublevación tomochiteca achacándolas al fanatismo religioso de los campesinos —en este caso no indios, sino blancos—, pero se mantiene la fidelidad histórica en la descripción de los combates y batallas entre los revolucionarios y los soldados gobiernistas. De modo tan subrayado está presente el heroísmo campesino en las páginas de esta obra, que su autor fue procesado, y sentenciado a muerte, de la que se salvó gracias a la fuerte presión que sobre el gobierno ejerció la opinión pública.

Otra obra del mismo autor denuncia, con enérgicos trazos, la ferocidad de los atacantes y la fiera con que los habitantes de Tomochi se batieron hasta ver a su pueblo envuelto en llamas, arrasado luego, sin sobrevivir a su tragedia sobre la que vigilaban, en la noche, los perros de Tomochic.

La derrota sufrida el 2 de septiembre de 1892 por las fuerzas federales a las órdenes del general Rangel, dio pie al gobierno federal para reiniciar la lucha de los tomochitecos. La guerra no tuvo descanso. Los serranos se defendieron tenaz, ejemplarmente, anotándose triunfos parciales, pero sucumbiendo a la postre bajo el peso de la superioridad numérica y del armamento de sus enemigos. Cuando los combates terminaron, "sólo quedaban con vida mujeres, niños y adolescentes que se habían cogido en la destrucción de la iglesia, que habían salido del cuartel y que se habían salvado en la toma de éste. Sumaban éstos 43 mujeres, 71 niños, únicos supervivientes de aquel pueblo extraordinariamente valiente y heroico, pues los defen-

sores fueron aniquilados totalmente, habiéndose salvado solamente aquellos que no cayeron en poder de las fuerzas federales." Por ejemplo: "Doña Estefanía Villarreal de Mendías salió con un niño en los brazos, dejando adentro a su hijita Gumersinda Mendías... en el camino le mataron al niño que llevaba consigo y a ella al llegar al dintel de la puerta del cuartel rebelde..." Pero la epopeya de Tomochic, con las derrotas transitorias infligidas a las fuerzas federales, con la defensa heroica de su pueblo a lo largo de diez agobiantes y terribles días de tenaces luchas, con el combate espectacular del cerro de la Cueva, con el incendio total de la población incluidos la iglesia y el cuartel, con el aniquilamiento de todos los defensores que pusieron a prueba su indomable valor, y su secuela dramática de mujeres y niños desamparados y miserables, levantó una ola de admiración y respeto profundos, grabando en el corazón del pueblo mexicano el nombre de Tomochic, y en su ánimo una huella imborrable. A tal grado se hincó aquel hecho en el alma nacional, que hoy todavía, cuando se habla de las tradiciones heroicas del pueblo, nadie puede olvidar la admirable gesta de los serranos de Chihuahua, los del pueblo de Tomochic, de los cuales se suele decir: "la sublevación de Temóchic, oscuro y apartado pueblo serrano que sufre las más oprobiosas afrentas del caciquismo, y las hazañas de sus hombres, como las páginas épicas del viejo Homero, recorren los rincones del país arrastrados por la canción vernácula..." Educados en el callado seno de la naturaleza, soñaron con el arado formar una nueva Arcadia que el cacique volvió una pesadilla, y si ha de juzgárseles en lo más profundo de su resentimiento, justo es convenir que como los otros, los que triunfaron en 1910, esporádicamente no forman sino una parte de aisladas demostraciones de un régimen.

El Partido Liberal Mexicano y su influencia revolucionaria

Las sublevaciones campesinas de los mayos, yaquis, mayas y tomochitecos, constituyeron un largo y dramático proceso, en el fondo del cual, como se ha puesto de relieve, palpataba un ansia insatisfecha de manumisión agraria. Pero, carecieron de programa y adoptaron sólo un carácter defensivo, acabando por ahogarse, al tiempo que en su propia sangre, en su falta de cohesión nacional. Fue luego, con el nacimiento del *Partido liberal mexicano*, cuando el movimiento campesino levantó una bandera de reivindicación de tierras, un programa con-

creto, una disciplina social y política y una consigna que puso en pie de lucha no sólo a los campesinos, sino también a los obreros y a la pequeña burguesía depauperada, obedientes todos a las consignas sociales y políticas que el propio partido señalaba.

Ya en las huelgas de Río Blanco y Cananea, se hizo sentir la influencia del Partido liberal mexicano. La reducción de la jornada de trabajo; la igualdad en condiciones de vida entre trabajadores mexicanos y extranjeros; el aumento de los salarios para los obreros y otras cuestiones que tanto los mineros de Cananea como los textiles de Puebla, Tlaxcala y Veracruz exigieron, formaron parte del programa que este partido proclamaba como satisfacción de las necesidades nacionales.

En Acayucan

En 1906 se inició un levantamiento armado campesino en Acayucan, en la región de la sierra de San Pedro Soteapan, encabezado por Hilario C. Salas, prestigiado revolucionario a quien la inquietud de los indios permitió acelerar la rebelión cuya fecha, con carácter general, estaba fijada para el año de 1907. Ahora, igual que en otras ocasiones, la causa de la agitación campesina no fue otra que los abusos que sufrían, en esta vez por las actividades de los sucesores de Romero Rubio, el extinto padre político del general Díaz, cuyos miembros, con el descubrimiento de mantos petrolíferos en aquella región, despojaron a los serranos de sus tierras. El levantamiento armado, dirigido por el Partido liberal mexicano, se propagó a los municipios de los Tuxtles, Minatitlán y al Estado de Tabasco. Pero otra vez, el lujo de crueldades y el gran derroche de elementos, ahogaron la sublevación campesina. "Como el número de federales que mandó el gobierno posteriormente por distintos rumbos a sofocar la rebelión, fue tan crecido, tuvo que dispersarse la gente, pues los poblados eran devorados por las llamas, así, incendiaron poblados y rancherías para baldón de ese régimen, fusilaron, colgaron, violaron a indefensas mujeres y consignaron por cuerdas a San Juan de Ulúa, a infinidad de ciudadanos, ya fueran cómplices o no. La persecución fue tenaz, como crueles los tormentos a que sujetaron a varios compañeros que caían para hacerles delatar cuanto sabían de los principales jefes."

Mas las actividades de los revolucionarios acayuquenses no

se extinguieron, sino que continuaron por mucho tiempo, ya que Hilario C. Salas y los demás jefes comprometidos pudieron escapar de sus perseguidores y alentaron la insurrección. En el mes de septiembre de 1908, dos años después de los sucesos referidos, los jefes sobrevivientes firmaron el *pacto de unión entre varios jefes revolucionarios*, documento en el que éstos no sólo se obligaban a permanecer en lucha contra la dictadura, sino que aceptaban ser castigados por sus propios compañeros aquéllos que, por debilidad o mala fe, denunciaran a los suyos, revelaran los trabajos de su partido o cometieran, por ligera que fuera, alguna deslealtad; "...el que tal hiciera será juzgado por un Consejo de guerra, o ejecutado por el que sobreviva." El mismo Santanón, cuyas hazañas han sido transmitidas a lo largo de los años a través de la leyenda, se disciplinó a los mandatos del Partido liberal mexicano mucho antes de haber sido perseguido y muerto por las fuerzas gobiernistas a instancias, como es sabido, del ministro alemán en México.

En Viesca

Todavía, durante 1908, se sucedieron nuevos levantamientos campesinos, en distintos sitios del país, dirigidos por el mismo Partido liberal. La noche del 24 al 25 de junio, recordando los crímenes perpetrados por el general Mier y Terán, en Veracruz, los revolucionarios de Viesca se prepararon para sublevarse contra el gobierno, aunque sus actividades habían sido denunciadas ya. "A la medianoche se unieron los compañeros; señalose a cada quien su sitio y se puso manos a la obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fue abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el programa liberal y se declaró nulo el poder de la dictadura. Se efectuó una requisita de caballos y se tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos contra las familias o las personas neutrales.

Obrando activamente, el gobierno destacó fuertes núcleos de tropas hacia la región lagunera y, en particular, contra los revolucionarios de Viesca, los cuales se vieron obligados a salir de esta plaza, y a marchar a las montañas, a las serranías

inviolables, a donde quiera que su actitud hallaba eco contra el oprobio porfiriano.

En las Vacas

En seguida, el 26 de junio, otro grupo de revolucionarios mandado por Benjamín Canales, Encarnación Díaz Guerra, José M. Rangel y Basilio Ramírez, atacaron el pueblo de Las Vacas. Aquí, de modo semejante a otros lugares, el combate adoptó perfiles relevantes. Se peleó durante largas cinco horas. "Por todos lados se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hombre era un héroe; cada héroe un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya... Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fue a pegarle en un costado, sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate."

Los rasgos de heroísmo, como el descrito, se reprodujeron hasta lo increíble. No fueron estériles, pero cuando los revolucionarios tocaban ya con sus manos endurecidas la victoria, se vieron precisados a retirarse por carencia de parque.

En Palomas

No obstante, el 10. de julio, aún el pueblo de Palomas fue asaltado por once revolucionarios. Una vez más, la falta de municiones decidió un combate en el que los héroes populares resultaron vencidos no sólo por la falta de elementos, sino también por el paisaje. Sus huesos, su sangre, se diluyeron en medio de las arenas del desierto. "Ni el sable, ni el fusil... La sed, con la mueca indescriptible en sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía..."

El Partido liberal mexicano, cuyos componentes fueron perseguidos aquende y allende el Bravo tanto por el porfirato como por el gobierno yanqui, continuó animando, sin embargo, la lucha contra la dictadura. Con sus esfuerzos, con su

ejemplo, con su espíritu de organización, con sus consignas, apuraba la revolución mexicana.

La lucha democrática

La intensa campaña del Partido liberal mexicano; la aparición del libro de Madero, las declaraciones del general Díaz al periodista norteamericano Creelman en el sentido de que el pueblo de México estaba apto para la democracia, y la afirmación del mismo general Díaz, de que esta vez había resuelto abandonar el poder, operaron positivamente en el ánimo del pueblo mexicano, que se aprestó a participar, democráticamente, en la justa electoral que debía efectuarse en 1910.